

**Discurso del Rector, Carlos Ignacio Salvadores de Arzuaga
Acto de designación del Dr. Eduardo Sinnott
Doctor *Honoris Causa* de la Universidad del Salvador**

Señoras, señores:

Desempeñarme como Rector de esta Universidad me ha deparado y me sigue deparando satisfacciones numerosas y profundas.

Puedo asegurar que este acto, en el que distinguimos al Doctor Eduardo Sinnott con el Doctorado *honoris causa*, es una de ellas.

Ya se hizo referencia extensa visa académica del Doctor Sinnott, que nos hace el honor de dictar clases en nuestras aulas desde un período extenso en el que despertó y alentó la vocación de muchos estudiantes por la filosofía.

Sólo hay que agregar que a todas y cada una de esas tareas supo incorporarles ese plus que brota del entusiasmo, del amor por lo que se hace, en una palabra: del corazón.

Ya San Francisco Javier, esa gloria de la Compañía de Jesús, decía cinco siglos atrás que la Universidad debe ser la Casa del Corazón.

Él sabía muy bien lo que decía: se trata de buscar la verdad, y el ser humano que realmente aspira a lograr ese cometido debe poner todo su ser.

No únicamente la mente, sino también el alma, los sentimientos.

En ese itinerario el Doctor Sinnott enseñó filosofía. El gran Cardenal San John Henry Newman sostenía que en la buena enseñanza "*el corazón le habla al corazón*".

Allí está la clave: el Papa Francisco nos enseña que, en su mejor expresión, la enseñanza es un acto de misericordia, que por serlo hace felices a quien la imparte y a quienes la reciben.

Porque el conocimiento, y el filosófico particularmente, contribuye a que comprendamos mejor y más profundamente la Creación; y también aporta elementos que nutren a una fe que siempre ha de estar comprometida con el ideal cristiano de una sociedad solidaria y fraterna.

Ésa es su auténtica "*dimensión social*".

De allí que nuestros fundadores, hace ya casi 70 años, imaginaron una Universidad que diera ciencia a la mente y virtud al corazón.

Una y otra, ciencia y virtud, se necesitan y se complementan para que la educación que se brinda cumpla la doble función que deriva de su etimología: por un lado, ***educare***, es decir, nutrir, guiar, orientar. Por el otro, ***educere***, o sea, hacer salir, extraer de cada persona lo mejor que tiene para brindar a la comunidad de que forma parte.

El admirable Gilbert Chesterton advertía, un siglo atrás, que un hombre que se niega a tener una filosofía sólo tendrá los restos usados de la filosofía de algún otro.

Es que la filosofía nos ilumina en la búsqueda de la Verdad, nos desarrolla el sentido crítico y nos ayuda a que abramos la mente a la realidad para verla tal cual ella es, y no como algunas voces a menudo no muy confiables quieren que la veamos.

La gran contribución ignaciana del discernimiento se convierte, en este sentido, en un invaluable instrumento para salir rápidamente de lo que Francisco llama "*labyrinthos intelectualistas*" y de la mera acumulación pseudo-erudita de datos, que confunde más que esclarece.

En lugar de ello, el Papa ha propuesto, para sorpresa de algunos, cultivar la ironía y el buen humor. Y lo hizo nada menos que en su *lectio magistralis* de hace unos pocos días ante los alumnos de la Universidad Gregoriana, aquella fundada por San Ignacio de Loyola a mediados del siglo XVI.

El Doctor Sinnott ha enseñado la filosofía que nos sirve: la humilde, generosa y valiente. La que, con audacia, sin miedos, piensa y pregunta sobre los grandes temas: quiénes somos, hacia dónde vamos, por qué hacemos lo que hacemos.

El Doctor Sinnott ha tenido y tiene una filosofía.

La estudió desde joven, se dejó enamorar por ella, la enseñó durante décadas.

La disfrutó e hizo que sus alumnos la disfrutaran.

Ya se sabe: no es tanto el puro conocimiento el que satisface al alma, sino el sentir y el gustar de las cosas.

A eso se debe, precisamente, nuestro homenaje de hoy.

Muchas gracias, por tanto, Doctor Sinnott.

Que Dios lo bendiga y San Ignacio lo guie.